

SOLDADOS DE COLOMBIA:

Con pánico, con ira, con espanto creciente he ido conociendo las atroces noticias de los asesinatos de estudiantes en las calles de Bogotá. Los caracteres de la tragedia no dejan duda. Fué perversa la disposición que dió al Ejército un cometido de vigilancia urbana, peculiar de la policía, con lo que previa y deliberadamente se excluyó el uso de métodos humanos y armas eficaces que hubieran evitado la matanza. Empleóse el Ejército desde el principio porque el miedo de la mala conciencia hizo ver enemigos incontrastables en jóvenes y resolvió matarlos. Las mentiras y contradicciones de los culpables, inmediatamente descubiertas, gradúan la inaudita cobardía de los criminales.

Jefes del Ejército que fueron incapaces de mantener el orden público contra los bandoleros y que se vieron obligados a pactar con ellos, han adquirido al fin la anhelada condición de militares victoriosos abaleados a la indefensa muchachada.

El Ejército de Colombia era abnegado defensor de la libertad y del orden y estaba rodeado del respeto y de la gratitud del pueblo. Bastardas pasiones de sujetos indignos se infiltraron en aquella fortaleza de la lealtad y el pundonor. Así apareció en sus filas la improbidad escudada en la tortura y pretendió que las autoridades civiles fueran cómplices silenciosos de su delito.

Organismos del Ejército ampliamente protegidos por el usurpador, se convirtieron en bandas de despiadados asesinos cuyos crímenes han causado el pánico de las generaciones contemporáneas. El perjurio de Rojas Pinilla y su golpe de cuartel fueron la simiente maldita de aquellos oprobios y del doloroso holocausto de los estudiantes.

La ambición de unos pocos ha hecho recaer sobre el Ejército responsabilidades que le eran naturalmente ajenas. Se ha jugado su tradicional prestigio a la suerte de una aventura personalista y mezquina. Se hace recaer sobre él la culpa de una pésima administración y se le cubre de infamia con los ilícitos manejos, los turbios negocios y el despilfarro de misteriosos gastos secretos, pues no solo gran parte de la tarea administrativa, sino el propio control de los gastos públicos se han puesto en manos de aprovechadores uniformados.

El Ejército de Colombia no está formado por cobardes que persiguen y asesinan por las calles a adolescentes inermes. Porque soy su Jefe Supremo lo conozco y sé cuantos son sus merecimientos y leales servicios a la Patria. La adulteración de sus virtudes y su índole, con que ahora se le exhibe, no puede destruir una historia dilatada de sacrificios y de honor. Las armas heroicas deben ser escrupulosamente purificadas de la sangre inocente que les hicieron verter y el uniforme nacional no puede, no debe confundirse en adelante con el vergenzoso atuendo del verdugo.

Cuando ví que la mezquindad de ánimo, la ambición desapoderada y la carencia de índoles amenazaban el futuro de la nación, con viva angustia hube de exclamar: "Ay de la Patria colombiana", "Ay de la cultura nacional", "Ay de la República".

Fúnebres como fueron mis presentimientos, no llegué a imaginar que alcanzaran los extremos de dolor, ignominia y muerte que están deshonrando nuestra historia. Si el Ejército no se limpia de la sangre inocente

te con que se le ha cubierto, será ahogado en la reprobación de los hombres de bien y entre sus maldiciones unánimes.

No puede engañarse al Ejército con el apoyo que aparecen pres^{ta}ndole sujetos que dicen ser directores de los partidos políticos. Porque no hay partido en Colombia a quien regocije la cobardía y complazca la preponderancia de la fuerza homicida sobre la inocencia y la justicia. Esos oportunistas que cubren de zalemas al usurpador, traicionan sus ideales, si alguna vez los tuvieron, cuando no sus mas grandes compromisos de lealtad y serán los primeros en sumarse a los enemigos del Ejército, cuando los abusos de quienes ahora lo mandan hayan provocado una incontenible reacción nacional.

Oficiales y soldados de Colombia! :

El honor de la institución está en vuestras manos. Quienes os han llevado a horripilante matanza en exclusivo beneficio de sus personales apetitos, no os representan y es necesario demostrar que ellos tampoco son capaces de comprometeros. Este es el nuevo y valeroso servicio que el Ejército puede prestar a la tradición republicana de Colombia!

Barcelona, 16 de Junio de 1954.

(Firmado) LAUREANO GOMEZ
Presidente de Colombia.